

Bernardino Escobar, fotógrafo de carpa

Lorena Gómez Mostajo

Bernardino Escobar nació en Santa Cruz Mixtepec. A la edad de seis años fue por primera vez al circo, en la capital de su estado natal, Oaxaca. Después de la muerte de la abuela paterna, la familia Escobar se mudó a la gran metrópoli. Ya instalados en la colonia Oriental, Bernardino se dedicó a vender ropa en abonos por la mañana, mientras estudiaba la primaria y la secundaria por la noche.

Recuerda Bernardino que un día uno de sus vecinos le enseñó —“a cuenta gotas” — a usar una cámara fotográfica. De vez en cuando le cedía un trabajito en alguna fiesta pero casi siempre solía ir de ayudante. Su vecino le rentaba una cámara en 8 pesos por diez días. Después de trabajar un tiempo, Escobar pudo comprarse a plazos una cámara en el Monte de Piedad, una Retinet de fuelle. Entró a trabajar una temporada en el fotoestudio Rosales y después en la compañía RCA junto al fotógrafo José Escalante; los dos fueron los encargados de fotografiar a los cantantes de la época. En 1968, durante las olimpiadas, fue parte del equipo de fotógrafos del departamento de publicidad.

En una ocasión, otros vecinos suyos —esta vez más dádivosos—, que se dedicaban al inmóvil arte de las estatuas vivientes, lo invitaron al Tihany para que los retratara durante su acto. Ese fue su inicio como fotógrafo de carpa. A partir de entonces trabajó en varios sitios retratando al público de cada función: el Circo Vertti, Bells, Italiano, Kroni, el Circo de Capulina y Francisco Aguilar, Hermanos Vázquez, Atayde, un circo de Estados Unidos y varios en Centroamérica. Cuenta Bernardino que en el país vecino, los visores desconcertaban al comprador, pues la gente no entendía para qué eran esas pequeñas cajas, incluso algunos llegaron a pensar que en vez de mirar por el hoyo había que soplar.

En su mejor época, Bernardino Escobar tuvo a su cargo a 18 fotógrafos. El sistema en el circo funciona por concesión; el fotógrafo tiene que pagar una cantidad por semana para poder estar ahí, y ayudar a montar y desmontar la

carpa y el laboratorio, además de contratar y pagar a más fotógrafos. Hace diez años se vendían el 70 u 80 por ciento de los retratos, ahora sólo el 30 o 20. Bernardino Escobar llegó a vender 400 fotografías por función. En un buen día de trabajo podía sacar hasta 16 mil pesos. Pero los tiempos empezaron a cambiar y Bernardino abandonó el circo porque ya no era redituable y se volvía cada vez más pesado, pues había que ayudar en muchas otras tareas sin recibir un peso a cambio.

Escobar, quien ha dicho que no se considera fotógrafo —sólo vive de la fotografía—, obtuvo un premio de la Anda por su labor en el circo. Ahora se dedica a retratar fiestas familiares. Pero su lazo con el circo no se ha roto del todo, uno de sus hijos se casó con la domadora Adriana Esqueda, y sus nietos trabajan en la gran pista.

Texto publicado en *Luna Córnea 29. Maravilla*
México, Centro de la Imagen/ Conaculta/ Cenart, 2005.